

—Lo mejor es matar á ese tal por cual, para que se acaben las historias.

Núñez se interpuso exclamando:

—¡Centinela, ese ciudadano es el primer magistrado de la República!

Inmediatamente ordenó Landa que Núñez fuera llevado á otra habitación muy separada, con centinelas de vista. Al que injurió á Juárez, lo mandó relevar entregándole el mismo cinco pesos de premio.

Otro centinela colocado en la linternilla que había arriba del salón, desde la que pudo observar lo que pasaba, y él que había sido un reo de muerte hacía pocos días indultado de la pena capital por el Presidente, luego que se fué Landa empezó á dirigir soeces insultos á los prisioneros y principalmente al señor Juárez, al cual frecuentemente apuntaba con su fusil, diciéndole:

—Ahora verás si no te abro la chapa del alma *jijo de esto . . . . jijo del otro . . . .*

Faltaban quince minutos para que fuera relevado aquel canalla, y estaba ya apuntando al Presidente, quizás con la firme resolución de matarlo, pues era imposible que le errara á tan corta distancia, cuando una bala de los guardias nacionales de San Agustín le dió en la cabeza, oyéndosele caer á plomo sobre el techo á la vez que pronunciaba su última insolencia.

El día 14 continuaron las hostilidades. Si bien Landa contaba con más de ochocientos hombres con los quinientos presos que había dado de alta, los nacionales también se habían reforzado y cobrado ánimo al observar que no eran atacados, sabiendo que algunas tropas de Parrodi debían estar cerca una vez que estaban ya llegando dispersos, lo mismo que hacía que Landa se llenara de

terror queriendo á todo trance poner término á aquella situación falsa.

En esa virtud, fué de nuevo á ver á Juárez, empleando ruegos y amenazas sin resultado respecto de la sumisión de los piquetes de guardia nacional.

—Pues al menos arregle usted una suspensión de hostilidades.

—Un armisticio usted mismo puede solicitarlo.

—Deseo que entiendan que usted lo aconseja.

—Está bien.

Y se mandó á una persona que hablara con Camarena y Contreras que estaban en San Agustín. Concedieron en el acto el armisticio; pero como no eran soldados uno y otro, ni conocían las responsabilidades que tiene el militar que lo quebranta, no cuidaron de comunicarlo á los otros cuarteles, y todos se sorprendieron con la noticia inesperada de que el Palacio estaba siendo atacado á eso de las once de la mañana, precisamente en los momentos en que habían comenzado las negociaciones.

¿Quién lo atacaba?

Dos jóvenes audaces que habían formado una columna de treinta hombres resueltos, bien municionados, con los cuales se habían propuesto rescatar á las personas que componían los Supremos Poderes.

Esos jóvenes eran Miguel Cruz Aedo y Antonio Molina, que no conocían el miedo y que habían dicho: «Los pronunciados están dedicados al saqueo y á la borrachera en Palacio: un ataque repentino los pondrá en completa confusión y serán puestos en derrota.»

Como lo dijeron lo hicieron, sin pensar en las consecuencias.

En efecto, la sorpresa fué completa, y aun lograron



apoderarse de un cañón que estaba abocado en la esquina de la plaza; pero los soldados de línea que no se encontraban borrachos les hicieron fuego desde las alturas, hirieron gravemente á Molina, de una pierna, que quedó cojo para el resto de sus días, y con facilidad se desembarazaron de aquel pequeño grupo de atrevidos, que tuvieron que retirarse perseguidos por un tiroteo incesante que les ocasionó sensibles pérdidas.

—¡Traición! gritaron los paisanos conservadores, de que estaba lleno el Palacio.

—¡Traición! repitieron los presidiarios que no sabían en dónde esconder los cuantiosos robos que habían hecho en los equipajes de los prisioneros.

Y ¡traición! exclamó también Filomeno Bravo lleno de rabia tomando bajo su responsabilidad la tarea de fusilar á los ilustres presos, una vez que no reconocía allí superior para pedir órdenes.

Con una patrulla de veinte soldados se presentó en el salón en donde estaban el Presidente y sus ministros.

—Voy á fusilar á ustedes, les dijo, formen en ala.

Ninguno se movió ni respondió.

—¡Ah! ¿no obedecen? Pues entonces van á ser muertos como quiera que estén.

—¡Soldados del 5°! preparen. . . armas!

Los soldados embrazaron sus fusiles y levantaron los gatillos.

—¡Apunten!

Los soldados apuntaron.

—¡Alto! gritó Guillermo Prieto.

—¡Fue. . .

No acabó Bravo de decir la palabra ¡fuego! que tal



vez habría sido obedecida por los soldados, en virtud de que Prieto, con un atrevimiento increíble, había dado un salto y le había tapado la boca.

Incontinentemente con fuego, con ternura, con elevada inspiración, dijo:

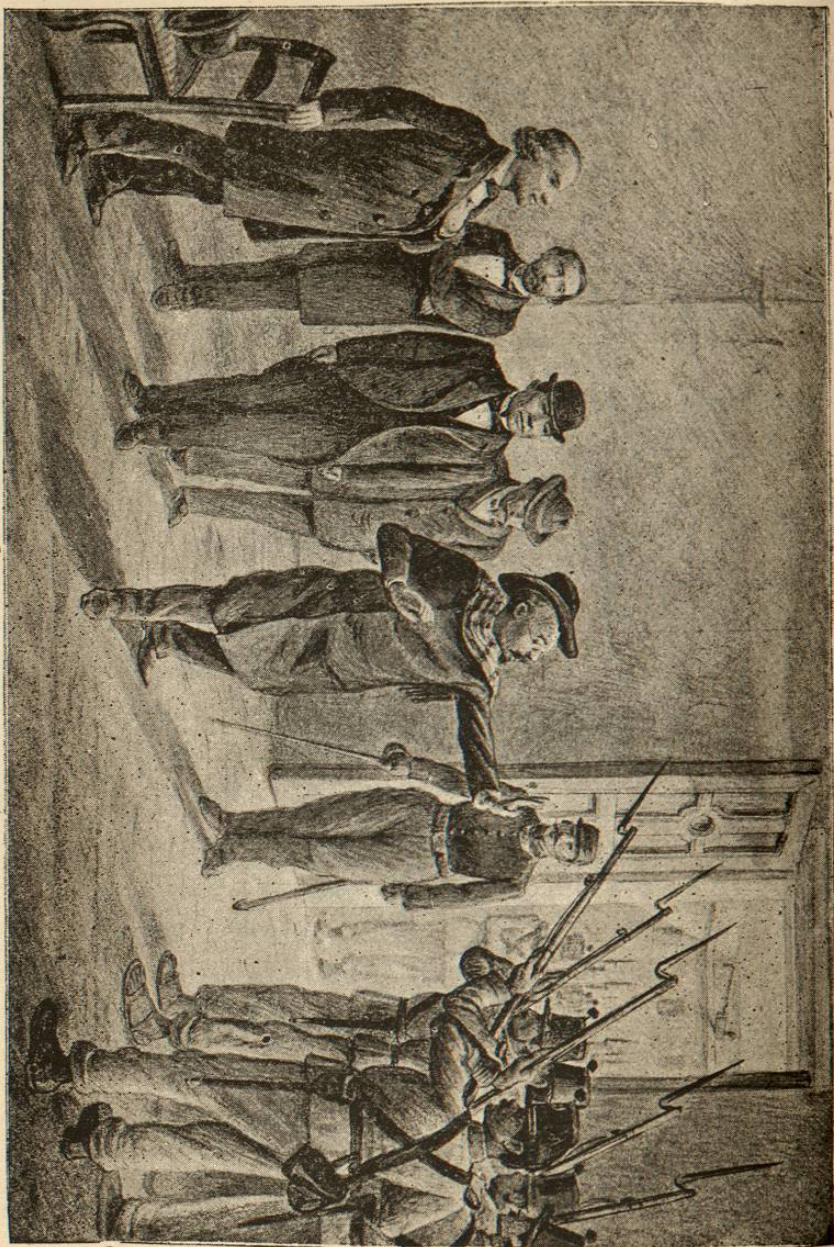
—¡Soldados del 5° batallón! ustedes son valientes y patriotas, ustedes nunca han sido asesinos, y es un asesinato cobarde el que se va á cometer con nosotros, del que la nación tendría que pedir estrecha cuenta á cada uno de los que se atrevieran á cometer tan inaudito crimen. ¡Soldados del 5° batallón! hijos míos muy queridos, levanten ustedes sus armas, no estén amagando la existencia de un humilde ciudadano que no tiene más delito que estar cumpliendo con su deber como vice-Presidente de la República, para cuyo cargo fué nombrado por ustedes, por todo el pueblo mexicano. Sólo los cobardes atacan á hombres desarmados como nosotros, y no los valientes como tienen fama de serlo los soldados del 5°. Dejen esa tarea infame á los presidiarios que han puesto al lado de ustedes como una mancha en su limpio honor.

Los soldados, como movidos por un resorte, levantaron los fusiles y dejaron caer las culatas sobre el suelo quedando inmóviles.

Bravo iba á insistir cuando llegó Landa, también violento, haciendo cargos á Juárez porque sus defensores habían roto el armisticio de una manera traidora.

Tras de Landa llegaron los comisionados, y explicaron que el gobernador les había dado toda clase de satisfacciones, haciéndoles saber que Cruz Aedo, jefe del ataque, lo había proyectado y llevado á efecto ignorando que se había entrado en negociaciones.

El Presidente y los demás ministros abrazaron á



*Guillermo Prieto salvando á Juárez.*



Prieto con las lágrimas en los ojos luego que Landa se retiró con toda la gente que había invadido la prisión.

Entre tanto había llegado el general Juan B. Díaz con una pequeña escolta, enviado en misión por el general Parrodi, y había tomado el mando en jefe de la guardia nacional y dictado las más apremiantes disposiciones. Después de ésto se ocupó en examinar las proposiciones que Landa hacía para retirarse: pedía veinte mil pesos, dos cañones, suficientes acémilas, carros, parque, etc., etc.

Díaz y Camarena contestaron que no había dinero y que proporcionarían todo lo demás, siendo condición primordial que fueran puestos en libertad los miembros del gobierno.

Landa en el momento de recibir la respuesta, estaba rodeado de unos veinte conservadores de Guadalajara, los cuales aullaron en diversos tonos diciendo:

—Juárez y los ministros deben ser fusilados.

—Deben ser conservados en rehenes.

—Si, el coronel Landa debe llevarlos al Cuartel General para que sean enviados á México á que se les juzgue.

—¡Que se les lleve pié á tierra!

—Que se les fusile, que se les fusile.

Landa estaba perplejo, pero llegó un explorador á decirle que Parrodi estaba ya á una jornada con dos mil hombres.

—A mí lo que me importa más es mi pellejo y no el de los demás, dijo por lo bajo á Barbosa que le estaba sirviendo de secretario, y sin hacer ya caso de los energúmenos, firmó los convenios con las modificaciones que había hecho la parte contraria: tres mil pesos en lugar de veinte mil, y vía libre por el Sur de Jalisco con sus tropas

y municiones para que se fuera después á unir con Osollos por el camino que juzgara conveniente.

En tal virtud, dijo á Bravo:

—Lleve usted á esos que llaman Supremos Poderes al consulado francés, según he ofrecido, para que estén allí en seguridad.

Bravo obedeció refunfuñando.

Mientras que Landa daba sus órdenes á fin de que todo estuviera listo para salir con sus tropas dos horas después, los Supremos Poderes, que se habían quedado en pelota porque hasta los pañuelos y corbatas les habían robado los presidiarios, se dirigieron haciendo la más triste figura á la casa del cónsul francés, custodiados solamente por cuatro soldados y un sargento del 5° Batallón.

